

BRUNO BETTELHEIM: UN PIONERO DE LA PSIQUIATRIA INFANTIL

NACIDO en Viena, en 1903, instruido en el psicoanálisis por un discípulo de Sigmund Freud, emigrado a los USA en 1939, después de un año en los campos de concentración nazis, Bruno Bettelheim se dedica desde hace unos treinta años al tratamiento de enfermedades mentales infantiles. En la escuela ortogénica (1) Sonia Shankman, de la Universidad de Chicago, que reorganizó totalmente en 1944, y que dirigió hasta su jubilación, el año pasado. Bettelheim realizó una labor de pionero

ta Bettelheim se creía que esos niños eran incurables. Sin embargo, el logró devolver a muchos de ellos a la vida normal, gracias a una filosofía optimista, plena de paciencia, respeto, de la que les habla en este artículo Catherine Dreyfus.

—Los niños que acoge la escuela ortogénica son enviados generalmente por médicos que los juzgan incurables. Ahora bien, el ochenta y cinco por ciento salen curados, es decir, para decirlo con palabras de Freud, "con capa-

rados, están reservados para la administración o para la recepción de visitantes. La distribución de los locales, el reglamento interno están concebidos para comodidad del personal, no para la de los enfermos. A éstos se les alberga, o, mejor dicho, se les encierra en dormitorios en los que la gente normal se negaría a vivir. Además, no se les encarga nada que pudiera mantenerlos ocupados. ¿Qué conclusiones pueden sacar de todo ello? Nuestro enfoque es radicalmente diferente. Tratamos de hacerle comprender

valdría a decir que se está «sucio». El comedor es acogedor, y las salas de estar, numerosas; hay un gran terreno de juegos, y obras de arte en todas partes. Una gigantesca estatua de mujer acostada, que llamamos «la señora», ha permitido a más de uno de nuestros niños explorar, sin demasiados riesgos, sus relaciones con la madre, golpeando o acariciando la estatua, refugiándose en su regazo...

—El decorado no basta para explicar su éxito. Traduce una actitud...

—Los niños permanecen con nosotros tanto tiempo cuanto sea preciso: un promedio de tres a seis años, pero a veces muchos más. Es un trabajo muy largo, a menudo penoso, reconstruir su personalidad. La mayoría de los hospitales psiquiátricos tienen prisa por que sus enfermos salgan. Nosotros, no. Apurar a alguien es darle la impresión de que se le trata con ligereza. Nuestro objetivo es, antes bien, devolverles a los niños que nos confían el sentimiento de su propia valía.

»Además, respetamos sus síntomas, sean cuales fueren. Constituyen lo más importante, lo más precioso que el enfermo mental ha construido, dado que eso es lo que le ha permitido defenderse, sobrevivir. Reconocer el valor de un síntoma es un primer paso hacia su comprensión y su cura.

»Recuerdo un niño pequeño, llamémosle John, que llegó a nosotros prácticamente mudo, totalmente replegado sobre sí mismo, incapaz de aprender nada en clase. Sus padres pensaban que era un simple de espíritu. Después de cinco años a nuestro lado, empezó a hacer progresos, muy lentos: aprendía a leer algunas palabras, que olvidaba de inmediato. Nos contaba una serie de sueños en los que caminaba por una carretera, que de pronto encontraba cortada por un muro infranqueable.

»Sentía, sin saber por qué, que le era esencial ir más lejos. Comenzó entonces por apartarse del camino central para borbear el muro, pero, cuando trataba de continuar, surgía un nuevo muro, que avanzaba hacia él y amenazaba con aplastarlo contra el primero. Se despertaba dando gritos de terror. Luego trató de trepar el muro: al llegar arriba, perdía el equilibrio, y por poco se estrellaba al caer. Durante todo ese tiempo continuaba aprendiendo a leer algunas palabras, que olvidaba rápidamente.

»Luego llegó una segunda etapa, con progresos más evidentes: el contenido del sueño había va-



Algunos niños, dotados de una sensibilidad muy particular, interpretan como una amenaza cada gesto de sus padres, por los que se sienten rechazados y optan por aislarse totalmente del exterior.

en el tratamiento de los niños «autísticos», es decir, aislados de todo contacto afectivo con el mundo exterior. Encerrados en un universo secreto caracterizado por una abundancia de rituales mágicos esos niños frecuentemente, renuncian a hablar: a veces pronuncian palabras, pero para su propio uso; jamás para comunicar con un entorno que les es completamente indiferente. Has-

«idad para amar y trabajar». ¿Cómo explica usted ese éxito?

—Por el medio terapéutico total que hemos creado. Los psicóticos, sean niños o adultos, confían no en lo que les decimos, sino en lo que comprueban por su propia experiencia. El primer mensaje que captan al entrar en un hospital psiquiátrico tradicional es: «Tienes que cambiar» y «La persona importante aquí no eres tú, sino yo, nosotros que nos hacemos cargo de ti». Los edificios más imponentes, mejor deco-

al enfermo que no le pedimos nada, que sólo deseamos que su estancia entre nosotros sea lo más confortable posible».

»Los niños están distribuidos por grupos de seis en los dormitorios, en los que ellos mismos han elegido las cortinas, el color de las paredes. Cada uno tiene un rincón personal, que nadie toca. Las duchas son amplias y cómodas: los baños son un pretexto para volver a descubrir los placeres del cuerpo, no tienen una función de limpieza, pues esto equi-

(1) De ortho, «recto», y genesis, «nacimientos».



Es muy fácil descargar de toda responsabilidad atribuyendo los trastornos de los hijos a la «fatalidad».

riado. Ahora John bordeaba el muro, pero antes de continuar su camino se volvía para destruirlo, piedra a piedra. Cuando estaba despierto, comenzaba a salir del aislamiento afectivo, pero aún tenía mucho camino que recorrer.

«Luego, el sueño sufrió una tercera variación: con su montón de piedras, John se construyó una casa. Meses más tarde, estaba curado. Actualmente, «el simple de espíritu», es profesor de Universidad.

«Para salir adelante, tuvo que reconocer el valor de su muro», de sus bloqueos, aprenderlo a utilizar, de manera constructiva. Borearlo, franquearlo, limitarse a borrarlo no servía de nada: equivalía a dejarlo sin protección.

—Ese respeto absoluto de los síntomas debe ser difícil, a veces, para el equipo de educadores y profesores. Cita usted a una educadora, a la que mordió un niño, y que tan preocupada estaba por los problemas de éste, que exclamó:

«¡Cuidado, te harás daño en los dientes!». El niño soltó la presa de inmediato... pero, ¡había que pensar el truco!

—El trabajo escolar es duro, pero aporta muchas satisfacciones: es esencialmente creador, casi una obra de arte. La mayoría de los hospitales psiquiátricos encierran a los enfermeros y a los que se ocupan de las curas, es decir, a aquellos que están más directamente en contacto con los

enfermos en una red de normas y prohibiciones que los paralizan. En la escuela ortogénica no existen reglas; la seguridad y el bienestar de los niños está antes que nada.

«El trabajo es también muy formador: nuestros educadores, aprenden tanto sobre sí mismo como sobre los niños que atienden. Es imposible comprender a un enfermo mental si no se comienza por comprenderse a uno mismo. Una de nuestras enfermeras se había dejado golpear por un niño durante mucho más tiempo de lo que justificaba la crisis. Al preguntarse por qué, se dio cuenta de que, inconscientemente, trataba de someterse a ciertos castigos porque en su acceso de celos, olvidado hacia mucho tiempo, había perseguido a su hermana con un cuchillo de cocina...

—¿Cómo pasó usted del psicoanálisis, su formación inicial, a la idea de un medio terapéutico como el que creó en la escuela ortogénica?

—Un poco por casualidad. En Viena, donde vivíamos antes de la guerra, habían llevado a Anna Freud una niña que parecía demasiado enferma como para ser sometida con provecho a un tratamiento analítico clásico; cabía, sin embargo, alguna esperanza si es que se conseguía que pasase las veinticuatro horas del día en un ambiente en el que incluso los gestos más cotidianos estuviesen perfectamente calculados sobre

la base de las enseñanzas del psicoanálisis. Con el consentimiento de mi esposa, propuse acogerla en mi casa, se quedó con nosotros siete años y realizó progresos que superaron todo lo previsto. Al mismo tiempo me convencí de la eficacia de un ambiente terapéutico total y de la imposibilidad de exigir semejante esfuerzo a una familia media.

«También influyó mi experiencia en los campos de concentración: estuve preso durante un año en Dachau, luego, en Buchenwald. Al ver hasta qué punto un entorno semejante podía transformar la personalidad de los prisioneros, comencé a pensar en lo contrario, a decirme, a mí mismo, que un medio ambiente totalmente favorable debía probablemente suscitar modificaciones tan profundas como esas, pero positivas.

—Se le ha reprochado mucho la responsabilidad aplastante que usted atribuye a los padres, en la aparición del autismo infantil.

—Mis principales detractores son precisamente los padres de niños autísticos, incapaces de reconocer su propia responsabilidad. Es mucho más fácil decir: «Es genético, es la fatalidad». Por supuesto que esos niños son particularmente sensibles. Reinterpretan como una amenaza cada gesto de sus padres, por los que se sienten rechazados, y optan por refugiarse en un aislamiento total. Un niño menos sensible, en

las mismas circunstancias, quizá se habría convertido simplemente en un neurótico, un delincuente o un rebelde. Pero es una disputa en la que no quiero enzarzarme. Lo importante es ayudar a los niños. Los partidarios de la teoría genética son incapaces de hacerlo.

—Proponen un sistema de reeducación, que permita aprender los rudimentos del lenguaje, los gestos más útiles para la vida cotidiana.

—He visto niños sometidos a ese tratamiento. Parecían cambiar, pero lo hacían sólo provisionalmente. Cuando he vuelto a verlos, su comportamiento era más autístico que nunca.

—La escuela ortogénica sólo puede acoger a cincuenta niños. Es poco. Y, como se quedan mucho tiempo, resulta caro.

—La escuela depende de un organismo investigador. Su papel es dar un ejemplo, mostrar lo que se puede hacer. Es la sociedad la que debe luego seguir el movimiento o hacerse cargo de sus responsabilidades. No podemos preocuparnos de ese problema, porque si no, no podríamos hacer nuestro trabajo. En cuanto al coste de la estancia entre nosotros, es de ocho mil dólares por niño y por año. Menos que un hospital psiquiátrico normal. Los dos tercios de los niños provienen de familias bastante acomodadas, que pueden pagar la totalidad o parte del tratamiento. Los demás quedan a cargo de los poderes públicos.

—Usted dejó la escuela el año pasado, después de haberla dirigido durante treinta años.

—Tengo setenta y dos años. A mi edad, uno se fatiga pronto, y esto resulta incompatible con un trabajo que exige semejante disponibilidad mental y afectiva. Preferí preparar mi transición con calma en una época en la que todavía podía formar a mi sucesor y presentarlo a los niños.

—¿Tiene usted alguna idea sobre cómo evitar que se produzcan tantas enfermedades mentales?

—Sería necesario que los padres y los profesores se decidieran a sacar provecho de las enseñanzas del psicoanálisis: ¡hasta ahora no lo han hecho! Toda la educación del inconsciente está aún por inventar. Pero sólo puede lograrse acumulando experiencia... ■ **Declaraciones recogidas por CATHERINE DREYFUS.**



Sería necesario que padres y profesores se decidieran a sacar provecho de las enseñanzas del psicoanálisis. La educación del inconsciente está aún por inventar en su totalidad. (Tres versiones infantiles de «La Maja», de Goya.)